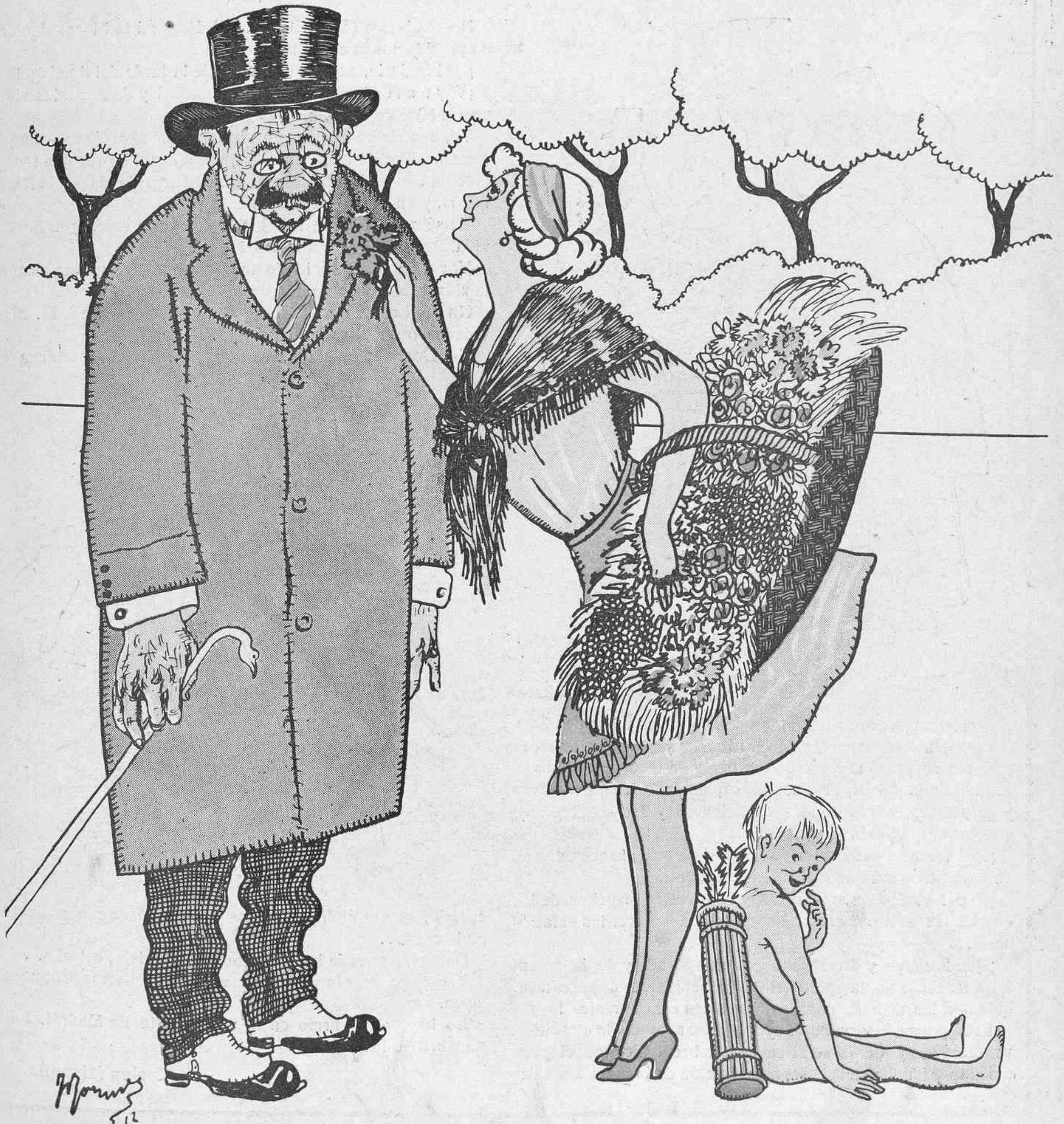


Madrid Cómico

SEMANARIO ILUSTRADO

Oficinas y Talleres: Ferraz, 21. Teléfono 3.558.



Montuori
12

La florista. — ¿Quiere usted una flor, caballero?
El tío del gabán. — Lo que yo quisiera es que me dieras tu amor.
El amor. — Me parece que con esa cara no vas á conseguirlo.

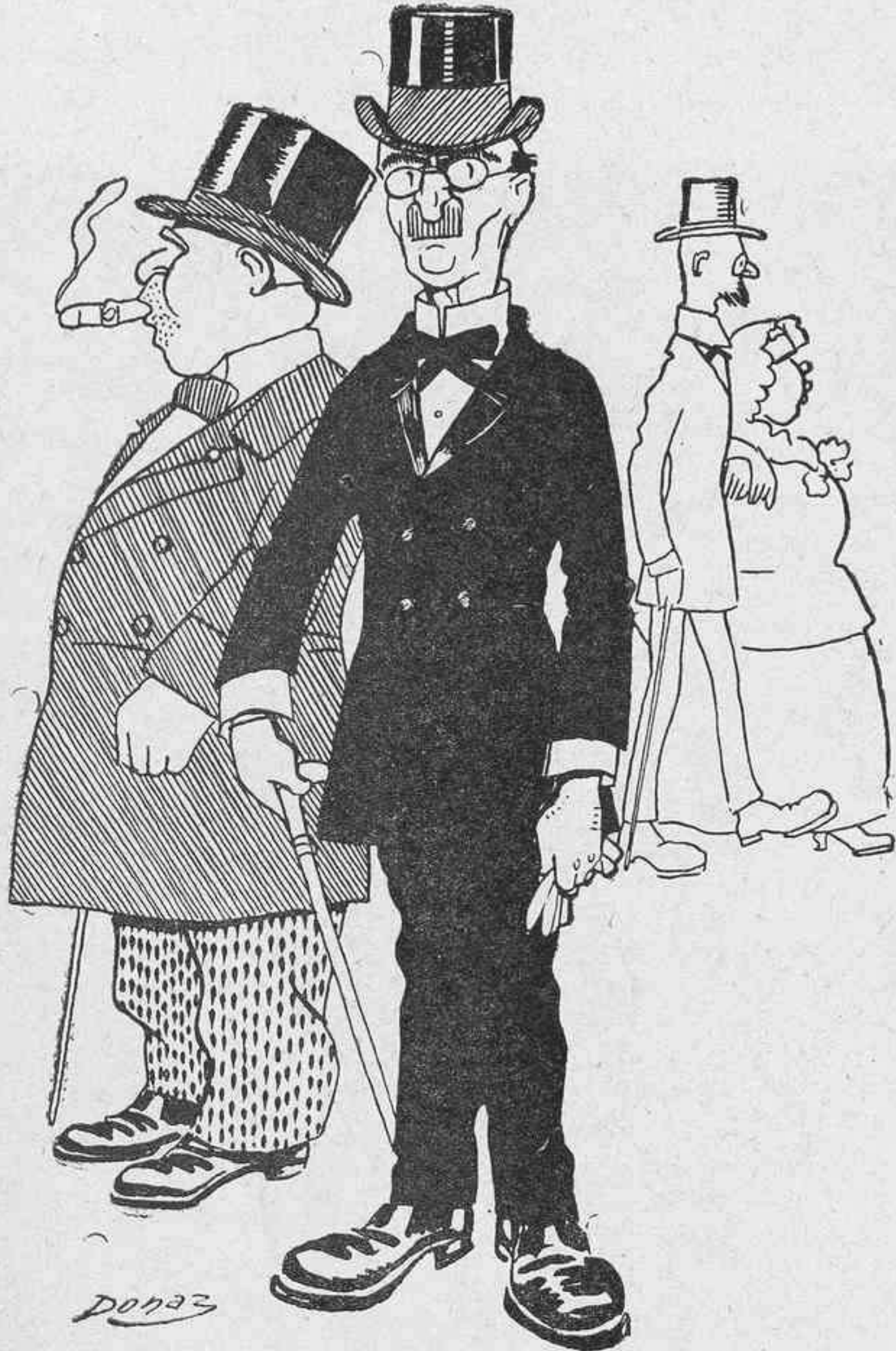


DE TODO UN POCO

Digan lo que quieran los cursis, la mantilla blanca va extrañándose de la vía pública en las jornadas del vía-crucis y refugiándose en la Plaza de Toros.

Lo que no desaparecen son las prehistóricas levitas y las antediluvianas chisteras.

Los pintores, los anticuarios y los arqueólogos continúan de



enhorabuena, pues en las tardes de los Jueves y Viernes Santos pueden tomar apuntes, hacer *changas* y practicar estudios curiosos respecto al modo de vestirse y de tocarse (en el buen sentido de la palabra) los hombres que son dados á conservar y perpetrar las «venerandas tradiciones» y las «costumbres clásicas» españolas.

¡Qué sombreros de copa, en la que ésta más parece un vaso de noche de los á que se llama «dompedros»!

¡Qué levitas más anticuadas, y qué fariseos muchos de los que las lucieron por esas calles para ir á «correr las estaciones»!...

¡Qué hermosa y divertida lección de tocado y de indumentaria masculinos, la que dieron—sin cuidarse ó percatarse, quizá—á los artistas enamorados de las cosas arcaicas!

Esos tales conservadores y perpetuantes de la «tradición veneranda» y de la «clásica costumbre», hicieron el *paso* único que faltaba en la ridícula exhibición de imágenes madi-

leñas, cuyo desfile más tienta á la risa que induce á la conmiseración piadosa.

Pero noto que me voy elevando, y no quisiera tropezarme por las alturas con el ex candidato y extracandidito Vedrines.

*
* *

Descendamos (como él, en no sé dónde) á la Plaza, siquiera no presidamos la corrida.

¡Qué mujerío, santos cielos, el de la tarde del domingo!

¡Vaya una colección de caras bonitas y de mantillas viceversa! (Quiero decir, bonitas y caras.)

Yo, que me perezco por hacer un favor al prójimo—aunque sea en contra de mi bolsillo—, quise aportar mi «óvalo» (como dice un concejal) á la obra de caridad organizada por la Diputación, y aflojé unas cuantas pesetas.

Ya sé que Dios me las devolverá, y con creces, en la otra vida. Pero no se trata ahora de eso.

Voy á que tuve á mi lado una buena moza, que me amargó la vida y me aguló completamente la fiesta.

No sé si estuve en la corrida, ó en el banquete á D. Melquiades ó en el seno de Abraham.

No. Donde estuve fué en otro seno. Y si la barbiana en



cuestión es una nodriza, les aseguro á ustedes que me duermo en la cuna...

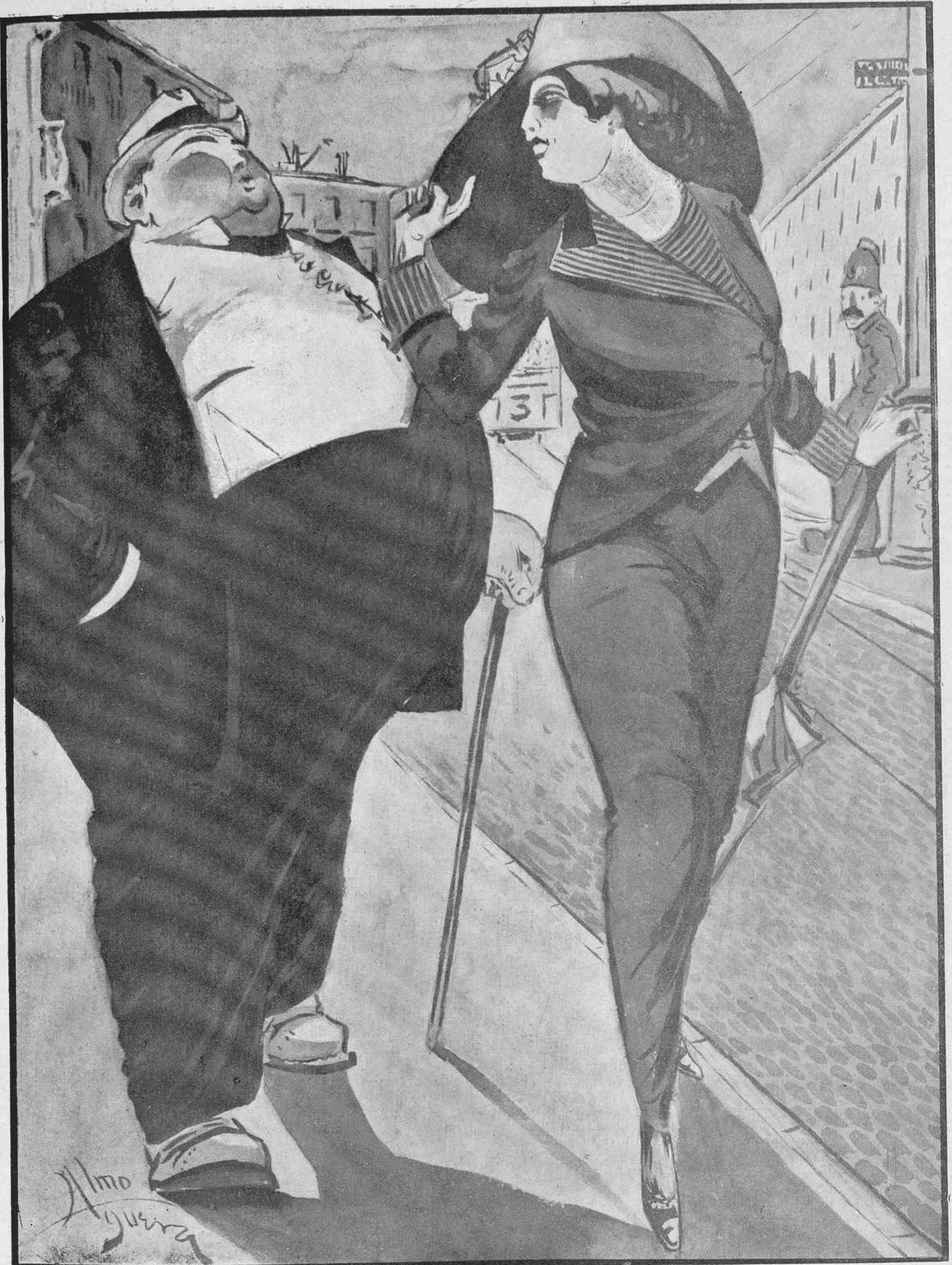
De buena gana le hubiera llamado sol, cielo, estrella...

Vaya; me he elevado otra vez, y es necesario que me apee.

Lo hago así, y firmo en la villa y corte de Madrid, á diez de Abril de 1912.

Carlos Miranda.

DE CAZA



—Señorita...
—No insista; las grasas sientan mal á mi estómago.



—¡Quién fuera tú! ¡Cuántos bebés tienes! ¿Te los da tu papá todos?
—Sí; y dice que cuando sea mayor tendré más.

SU EXCELENCIA EL GALON

—¡Gran persona debe de ser la que va dentro de ese carruaje!—decíame no hace muchos días un provinciano trasplantado á la Corte desde el obscuro rincón de cierta aldehuera miserable, y no hecho, por tal causa, á nuestros usos y costumbres.

—¿Gran persona?—respondí yo.—¿Y por qué presume usted eso, amigo mío?

—Porque los guardias de orden público y algunos otros que no lo son, siquiera se asemejen á ellos por las trazas, se llevan la mano á la visera ó se quitan el sombrero, y hacen á ese señor, medio oculto entre los almohadones del coche, reverencias y cortesías altamente respetuosas.

—No crea usted semejante cosa—exclamé interrumpiendo al provinciano.—A quien saludan con tanta humildad no es al estirado y peripuesto individuo que va dentro; es al galoneado cochero, al conductor del carruaje. Gracias á él y á su ancho y resplandeciente galón, provocan curiosidad y respeto ciertas personas, que de otro modo pasarían completamente inadvertidas.

¿Quién imagina usted—añadí mientras mi compañero me contemplaba con asombro, rayano en la duda—, quién imagina usted que es el sujeto á quien nos referimos? ¿Algún artista cuyo nombre corre de boca en boca, y cuyo retrato se halla de muestra en todos los escaparates de Madrid? ¿Algún príncipe de la sangre? ¿Algún político emi-

nente? ¿Algún general enaltecido con el prestigio de cien victorias? ¿Alguien, en fin, que por su linaje, por sus obras, por su valor ó por su talento se haya hecho acreedor al aura popular y al respeto de sus conciudadanos?

—¡Claro que sí!—repuso mi amigo.

—Pues no, señor; el tal *personaje* es un hombre á quien su patria, por no deberle nada, no le debe siquiera un disgusto gordo; yo le conozco por casualidad, y aseguro á usted que todas sus circunstancias meritorias se reducen á ser diputado por obra y gracia de un ministro, amigo íntimo de una tía suya (la tía es guapa), y á haber conseguido, no en fuerza de talento, sino en fuerza de adulaciones serviles y de procedimientos menudos, una subsecretaría, que así estuviera bien desempeñada, como produce sueldo pingüe y beneficiosas filtraciones... Conviene decir también que nuestro hombre, no sólo no habla como diputado, sino que apenas pronuncia como persona.

—Pero... ¿es cierto?—exclamó el provinciano, poniendo una cara de espanto que dió ganas de reír.—¿Cómo ha podido ocupar sér tan inútil puesto tan importante?

—Muy sencillo: porque tiene una tía que le protege, y las tías siempre son útiles.

—Aun así y todo—interrumpió mi interlocutor—. Lo que usted dice puede explicarme lo de la subsecretaría, pero no me explica lo de los saludos.

—Los saludos, ya lo dije antes, se explican por los galones del cochero; esos galones son á los empleados oficiales lo que los títulos universitarios á

sus poseedores. De un abogado, de un médico, de un boticario, etc., hay que suponer que tienen suficiencia para el desempeño de sus carreras; lo mismo ocurre con los que ocupan puestos importantes en la administración del Estado; también á éstos hay que suponerles personalidad y prestigio.

¿Fulano es abogado? Pues Fulano tiene talento, dice el vulgo. Mengano lleva cocheros con galones de oro? Pues Mengano es un personaje, exclaman los guardias de orden público y demás prójimos subalternos.

¿Resulta luego que Fulano y Mengano son un par de animales? ¿Y qué? Allá se las entiendan con ellos sus clientes y el país; para el vulgo y para los guardias personaje sigue siendo el uno y perito el otro, porque así está decretado personalmente.

De esta manera viven muchos pasando á los ojos de los necios, y por consiguiente á los ojos de casi toda la humanidad, por seres superiores y punto menos que divinos, y da gozo verlos atravesar calles y paseos, cómodamente arrellanados en los almohadones de su coche, ejerciendo oficios de Gobernador, de Director general, de Subsecretario de ministro á las veces, sin saber de nada y hablando de todo; dándose las de eminencias, cuando se hallan en cultura al nivel de un guardacantón; vendiendo y otorgando protección, favores y castigos á cambio de saludos, cortesías y reverencias, mientras los hombres de verdadero mérito—salvo algunas, contadas excepciones,—van á pie, sin que nadie se fije en ellos, ni los atienda, ni los escuche, hasta que se mueren, y un Subsecretario cualquiera se encarga de deslucir con las torpezas de su oratoria las cualidades y los talentos del difunto.

Y el por qué de esta importancia, ¿dónde está, amigo mío?—seguí diciendo al provinciano, que abría, al oírme, una boca de dos palmos y tercia—. En los galones del cochero, á los cuales deben toda su gloria, percedera y expuesta á cesantías, pero gloria al cabo, esas nulidades que llaman la atención respetuosa de usted.

¿Quién adivina, cuando pasan entre la multitud sin el aditamento del carruaje galoneado, á muchos Directores generales, Gobernadores, Subsecretarios y Ministros al uso? Nadie. Desconocidos de la gente por sus actos y por su propia configuración externa, apenas si consiguen obtener la mirada curiosa de algún transeunte, que murmura contemplándolo con indiferencia: «¡Yo he visto á ese tipo en alguna parte!»

Suprimido el cochero galoneado, quedan suprimidos casi todos los prestigios actuales; y como los prestigios verdaderos son letras giradas casi siempre á cien años fecha, aconsejo á usted que dedique todos sus esfuerzos á conseguir por tres ó cuatro años el usufructo de uno de esos carruajes. En su pescante se encarama el único ídolo que no derriban las combinaciones ministeriales y los cambios políticos:

Su excelencia el galón

Joaquín Dicenta.

VIENDO LAS "ESTRELLAS" EN CASA DE LA BELLA "PINGUITO."

Privilegio que se comparte.—Los ojos de La Pinguito.—Envidiando á un muerto.—¡Se bebe!—Hay madera.—El salto de cama.—La confesión.—El espíritu de La Pinguito.—Negocio elástico.—No necesita ningún socio. A América.—Sin fuga.—Le gusta el toreo.—Acabó la interview.

Actualmente el sol de la gloria sólo hace brillar á las estrellas de «varietés» en el cielo de la popularidad.

Este privilegio es compartido con ellas por los practicantes más aventajados de la escuela de Montes, ó «astros coletudos», para mayor claridad. Hago esta aclaración á fin de evitar



posibles molestias y reclamaciones por por parte de los ingenieros cuya escuela lleva el mismo nombre.

Los toreros y las bailarinas imperan en la actualidad.

Véase si no la atención preferente que la prensa ilustrada y sin ilustrar les consagra á diario, convirtiendo en artículos de primera necesidad aquellos en que se describe con todo lujo de detalles una puerilidad cualquiera de su vida íntima.

Tales artículos suelen ser generalmente «interviews» y «armas al hombro».

La «interview» es hoy de absoluta necesidad en cuantos rotativos cultivan la nota amena juntamente con el fotograbado.

Nosotros, considerando que esto debe ser muy del agrado de los lectores, cuando tan enorme abuso viene cometándose por los periodistas en esta clase de trabajos, hemos decidido seguir la corriente y dar á ustedes cuenta de lo que hablamos el otro día en casa de la bella Pinguito.

Ello va á ser apelando á la literatura de forma algo telegráfica, puesta en boga por ciertos «repórters».

Véase la clase.

La bella Pinguito tiene dos ojos.

Yo diría que tiene más. Todo en su cara parece ser ojos. Tal es la fuerza de su expresión.

Mira por los labios de su boca, mira por las ventanas de la nariz...

Tampoco carece de potencia ocular el hoyito grácil y profundo de su barba. La vista del hoyo produce en mí sensaciones opuestas.

Comienzo por envidiar la suerte del cadáver. El, cuando acaba su vida, encuentra la felicidad y la tumba.

Además, un refrán lo dice: «el muerto al hoyo...»

La segunda parte del adagio me obliga á variar de parecer.

Nos invita á beber. Aceptamos.

El cuerpo cimbreado de Pinguito se esfuma en las tenebrosidades misteriosas del aposento contigo, apareciendo á poco portadora de un exquisito vino «Madera».

Escancia. Libamos. Se hace charla. Salen á relucir las aficiones de cada uno. El vino y los «concerts» triunfan en nuestra

predilección.

—A mí dame vino solo—exclamo yo.

—A mí «concerts»—replica ella.

—No puede negar que tie *madera* de artista, ¿verdad?—pregunto á mi compañero.

—Ciertamente. Se ve que hay *madera*—contesta el interrogado, mientras elava sus ojos con insistencia tenaz en la vasija del vino.

El claro entendimiento de Pinguito recoge la indirecta. La libación es repetida. El palique continúa.

Me interpela.

—¿Qué quieres de mí?

—Que nos descubras tu pecho.

—¿Más?...

Con un delicioso y picaresco mohín nos indica entonces los relieves espléndidos de su busto anforino, cuyo arranque tentador muestra por un descuido de su salto de cama.

La transparencia alevosa de éste levanta en nuestro ánimo la natural indignación.

—¿Has visto, *Coco*?—me dice Durán —Yo me muero.

—Sí le respondí—. Es un salto mortal verdaderamente.

Nos limpiamos el sudor. Voy á exponerla mi propósito.

—Pinguito...

Me interrumpe.

—¿No te acuerdas de mi gracia?

—Siempre Pura.

—Pues dime así.

—Perdona. ¡Como nadie te lo llama!...

—Verdad. En nosotras puede más el nombre de arte que el de pila.

—Queremos hablar contigo de ti, de tu vida, de tus intimidades.

—¡Ah, vamos! Que haga confesión general, ¿no es eso? Lo de todos los periodistas.

—Sobre poco más ó menos...

—En ese caso, «venga de ahí», como dice el coro en las zarzuelas cuando el tenor ó la tiple tienen que cantarse alguna copla.

—¿Cómo nació en ti la afición á la danza?

—Viene de herencia. Mi padre...

—¿Bailaba también?

—Constantemente. No paraba ni un momento.

—¿Tenía academia?

—No. Lo que tenía era el baile de *San Vito*.

—¿Recuerdas algo de cuando te presentaste al público por primera vez?

Sí. Debuté con unos «panaderos», que por cierto me hicieron repetir.

—¿Dónde?

—En un salón de Vigo.

—¿Volviste á pasar por Vigo desde entonces?

—Nunca.

Llegamos al capítulo de las confidencias Pinguito se explaya y nos revela una de grandísimo interés.

El espíritu de Pinguito es amplio y emprendedor. No puede contenerse, por tanto, en los límites estrechos de un mezzojornal.

Es humana, y como tal, egoísta.

Por eso, en las horas que le deja libre su artística profesión, dedícase á otra cosa que le proporciona no pocos beneficios.

Pinguito, para vivir, no tiene suficiente con Terpsícore. Necesita, también, de Mercurio. Ama el comercio.

—¿Pero es posible que tú?...

—Sí, *Coco* simpatiquísimo, sí. No lo echas á broma. Tengo un negocio muy bonito para preservarme de la miseria de lo porvenir.



—¿Qué es ello.
 —Un almacén de objetos de goma.
 ¿Te parece mal?
 —Al contrario, chiquilla.
 —Yo espero sacar buenos productos.
 —¿Quién lo duda? La goma da mucho de sí. ¿Tendrás algún hombre al frente?
 —Ninguno.
 —Es extraño.
 —Yo soy quien se encarga de todo.
 —No haces bien en eso. Por muchas energías que tenga una mujer, nunca podrá tener tantas como un hombre.
 —Te equivocas Para hacer la competencia á Modesto Sáinz, proveedor de todos los frontones, me basto y me sobro.
 —¡Ah! ¿Explotas el petrolarismo?
 —¡Claro! Es uno de mis artículos principales. Lo que siento es tener que abandonarlo ahora. Una contrata ventajosa me obliga á ello. Me voy á América de «tournée». Qué, ¿te choca?



—Nada. A ver si vuelves con mucho peso.
 —Seguramente tendré que pagar exceso de viaje.
 Antes de que la charla finalice se habla (¡cómo no!) de amores. ¡Y caso es-

tupendo! La ideal *Pinguito* no se ha fugado de su casa todavía con ningún amante.
 —¿Para qué?—nos ha dicho.—¡Buena gana! Mejor que en casa no se está

en ninguna parte. Además, eso cuesta caro.

¡Oh, la bailarina gentil, almacenista de gomas! El corazón acabará por traicionar tus buenas intenciones. Tiene que suceder así. Por algo eres española y eres «estrella». Necesitas luz. Una indiscreción tuya nos lo ha revelado sin tú darte cuenta.

Sabedlo, lectores. Pura se parece por el toreo, y sueña con un hombre que viva de las astas.

¿Lo encontrará? ¡No es difícil! ¡Hay tantos!

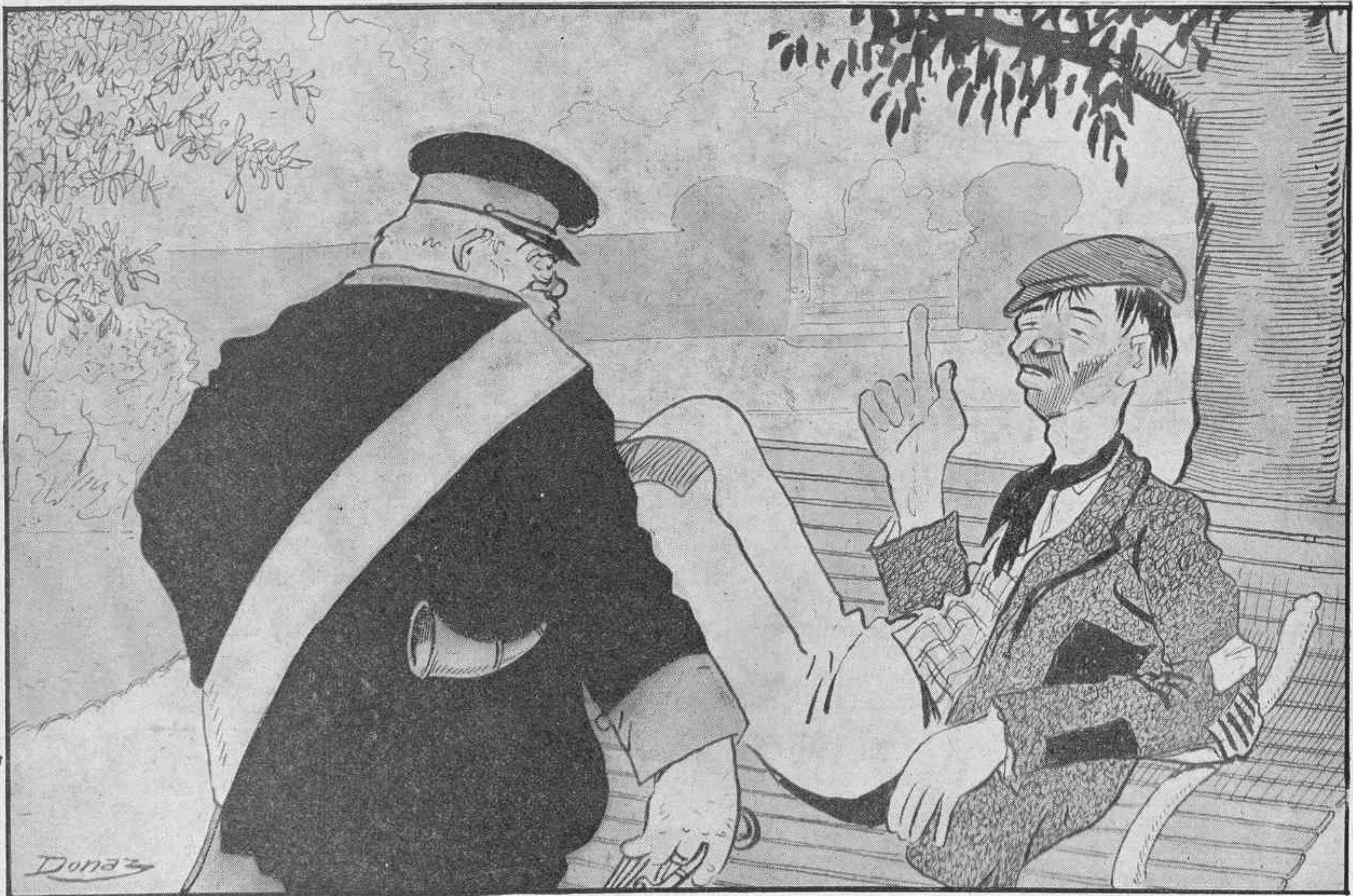
Hacemos punto. La bella *Pinguito* necesita salir.

La tendemos la mano. Ella, despojándose del salto de cama, nos la alarga. Tenemos el gusto de estrechársela. Y salimos.

De esta guisa acabó nuestra «interview» con esa bailadora que el público aristocrático del «Molinete-Palace» hubo de sacar en hombros, entusiasmado por la sensualidad agarena de su carne blanca, que palpita de placer á compás de las danzas cadenciosas que en el tabladillo ejecuta; esa artista eminentemente que se llama Pura y á quien todos conocen por *Pinguito*.

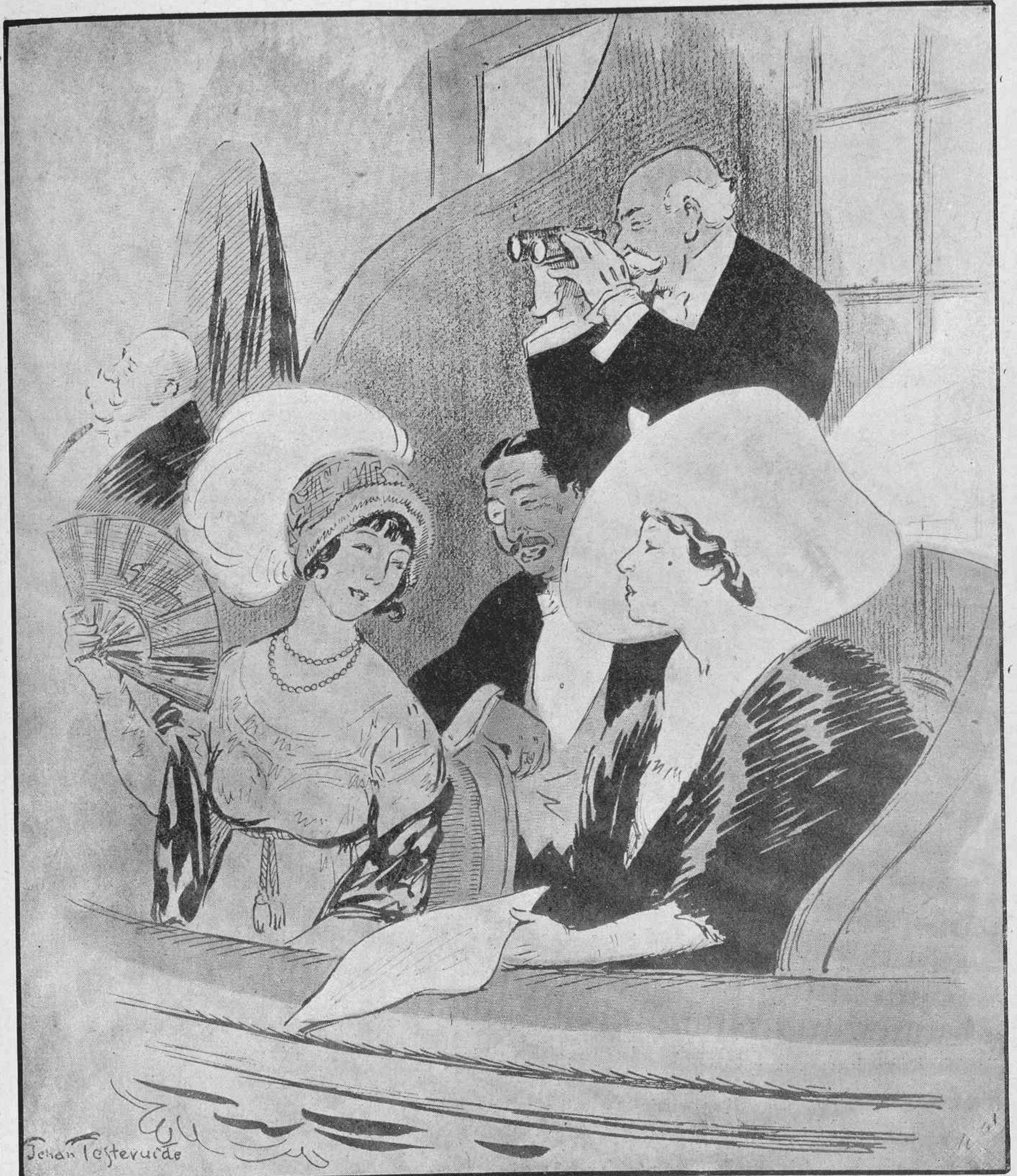
El Coco de la Lata.

EN EL RETIRO



—Pero ¿usted no sabe que se va á cerrar?
 —¡Ah!, ¿se va á cerrar?... Muy bien. Pues nada, cierre, pero dulcemente, porque el chirrido de las puertas me molesta.

EN LA ÓPERA



- ¿Cuánto dices que cobra esta tiple?
- Tres mil pesetas.
- ¡Qué atrocidad! ¡Tres mil pesetas por dar un «do» de pecho!
- Pues cobra más por dar el «sí».



plo á esos fariseos cretinos que son por su brutalidad los verdaderos enemigos de la religión.

* *

¿Y qué me decís de esas jiras de promiscuación que organizan las sociedades de librepensadores? «Es más fanático el que quiere evitar que se diga la misa que el que la dice», y las palabras del poeta inglés vienen que ni pintadas para estos inquisidores al revés. Los católicos son esclavos de la vigilia, y los radicales son esclavos de lo contrario. Las mismas cadenas al fin. Lo aristocrático, la verdadera libertad de pensamiento no está en hacer lo contrario que el enemigo. Pero, en fin, allá ellos; los que comen espinacas y los que se atiborran de carne y de pescado están envueltos en la misma estupidez y de idéntico ridículo.

Emilio Carrere



—Señorita, yo puedo ofrecerla un corazón de oro.

—Gracias. En esta ocasión sería mejor que pudiera ofrecerme un paraguas.

LEYENDO la crítica de los sermones en los periódicos avanzados me siento furiosamente clerical.

Cierto que los reverendos que ocupan la cátedra del Espíritu Santo suelen ser unos jayanes ayunos de cultura, del sentido del estilo y limpios de mística unción. Pero ¿y las inmundas bellaquerías de los señores folicularios?

¿Por qué darán en el púlpito tan tremendos puñetazos los clérigos que tienen que explicar los misterios de la Pasión?

Entre un orador de mitin y un predicador suele existir la misma animalidad; yo nunca he encontrado sentido á las furibundas palabras revo-

ucionarias del compañero Pérez ni á las infladas oraciones del padre Martínez. Dicen las mismas vaciedades, los mismos lugares comunes; adoptan los mismos terribles ademanes para hablar de unas elecciones municipales que para describirnos la Oración del Huerto de Getsemaní. Son las opuestas facetas de un mismo fanatismo.

Todas las religiones son poesía, y necesitan poetas para su interpretación, tanto más la idealista y misteriosa religión del Pastor de Galilea. La religión y la poesía son hermanas: nacieron ante los bellos y hondos enigmas de la Naturaleza. Son dos ansias de idealidad, una que canta y otra que reza; pero el altar es el mismo; el misterio eterno de nuestro paso por la vida, viajeros de lo desconocido con rumbo á lo ignorado, nos da un ansia de belleza y de infinito. En la palabra del apóstol hay divinos temblores de poesía, y en su canto el poeta suele tener inefables iluminaciones apostólicas. Y los que sueñan con las célicas apoteosis católicas, los que sueñan con los senos de las huríes mahometanas y los que proclaman el triunfo de la Naturaleza, todos cultivan una religión. Edison es un apóstol de la ciencia, D'Annunzio un apóstol de la belleza, y los dos son fraternos de Juan de la Cruz y de Teresa de Avila. Rebuscadores de bondad, de belleza, de verdad, la escala por que ascienden tiene los mismos resplandores de ideal.

La palabra de Cristo sólo la pueden interpretar los poetas, porque es la palabra de un gran iluminado. La decadencia religiosa depende de que sus sacerdotes no poseen la magia de la poesía, no tienen el secreto para emocionar al pueblo. Porque á las masas hay que darles emoción antes que razones, la muchedumbre conmovida va á donde quiere llevarla el apóstol ó el poeta. La mayoría de los clérigos quieren explicar el espíritu de la religión con vulgares razones de sentido común. Prefieren descender al nivel intelectual del vulgo en vez de hacerle ascender á comprender por sentimiento el encanto del símbolo.

Así fracasan los oradores políticos cuando quieren impulsar al pueblo con argumentos bellacos de bajas conveniencias; la palabra de un orador poeta consigue que el enjambre encuentre bello el morir con la embriaguez de un ideal. Como aconsejaba Baudelaire, hay que estar siempre ebrio de amor, de misticismo ó de aguardiente; el poeta ofrece en su verso la copa de las inefables embriagueces.

Oid la palabra de los predicadores en Semana Santa, y saldréis indignados contra tanta chirlería y tanta vacuidad pretenciosa. ¡Cómo aullan los condenados para explicar las ternuras y las abnegaciones de Jesús! Si yo fuera Papa—cosa que no es del todo imposible, mirándolo bien—arrojaría del tem-





Luz-bel
1912

- x
- ¿Qué te ha regalado Simplicio?
 - Ya lo ves: otro brillante.
 - Ese hombre no da más que piedras.
 - Es lo que puede esperarse de un «adoquín».

¡¡VIVAN LOS TOROS!!

Será cruel y sangriento y antipático y brutal presenciar desde un asiento nuestra fiesta nacional; pero yo, que paso ratos en extremo divertido, desoyendo á los sensatos no abandono mi tendido.

¿Que esa indigna diversión es feroz? ¡No sé por qué! ¿Acaso es malo el jamón porque no le guste á usted?

Ya sé yo que usted profesa esas rancias teorías que aprendió de sobremesa en cafés y horchaterías, y que lleno de piedad defiende los ideales de la excelsa «Sociedad protectora de animales».

Dirá también que es desdoro propio de un pueblo salvaje consentir que á un pobre toro se le pinche y se le raje con instinto tan brutal que, herido en el corazón, se hace del pobre animal objeto de diversión.

Dirá usted que es más honrado y útil á la agricultura engancharlo en un arado... y comerse... su bravura, y por el estilo de esa, dirá usted mil tonterías que aprendió de sobremesa en cafés y horchaterías.

¿Y el torero?—¿Qué torero? (responderá usted al instante). ¿No va allí por su dinero? pues entonces que se aguante; y si saca una cornada que se calle y se fastidie porque, ni hay razón fundada, ni le obligan á que lidie.

¡Eso sí que es lo brutal!
¡Eso sí que causa horror!
¡Defender al animal despreciando al lidiador!

¿Es que emplea esos eternos argumentos *dislocantes* porque, amigo de los cuernos, defiende á sus semejantes?

¿Es que tiene ese capricho para poder disfrutar?
¡Hombre, pues haberlo dicho y acabáramos de hablar!

Fiacro Yráyoz.

INFORMACIONES PINTORESCAS

LA TABERNA

La taberna es indudablemente una de las instituciones madrileñas de más honda importancia psicológica y social.

No es la trágica y enloquecedora *Taberna*, de Zola, con sus alambiques y sus destiladoras de aguardiente asesino. Nuestros apreciables borrachos tienen un modo de mirar más optimista la vida á través del rojizo vino de Valdepeñas. A lo sumo, alguna edificante puñalada, quizá asestada con el cultural propósito de que tengan los buenos burgueses algo de transcendencia que leer en los periódicos diarios.

La taberna tiene sus horas y su público. Hay la hora del té y del aguardiente de limón, la hora del *culito* de vino blanco, la hora del cocido y la media botella, la del *vermouth* y la del medio chico á discreción.

También tiene su público heterogéneo, multiforme, variadísimo. Y, por último, es digno de observar la diferente importancia social de los varios establecimientos, según su situación, servicio y economía.

La hora del té es una hora de la que D. Joaquín Dicenta, nobilísimo exaltador de la de la honrada blusa sentimental y lírica, hubiera podido sacar mucho partido para escribir unas cuantas crónicas llenas de dolorida observación y de radicalismos. Es la hora

tabernaria de multitud de obreros que tienen que abandonar el lecho todavía de noche para lanzarse al cotidiano trabajo. Es la hora del que tiene prisa. Los consumidores detienen unos segundos ante la puerta del establecimiento, sorben su infusión y por sólo cinco céntimos calientan el estómago. Rapidez y economía.

También es la hora de los bebedores de aguardiente, porque entre la apreciable cofradía de los curdas está demostrado que no hay cosa mejor para despabilar una papalina que una buena dosis de aguardiente de limón, pese al amoniaco. Esto de que una borrachera se disipe con alcohol es cosa un poco desconcertadora y que sólo comprenden los iniciados. La hora del *culito* de vino blanco es la del empleado transeunte, la del cartero, la del cobrador, la del ordenanza, que detienen un momento su tarea para hacer una modesta libación. Luego viene la hora del *vermouth*, á la que se dedican los modestos empleados que no pueden permitirse el lujo de penetrar en un café ó cervecería á tomar su aperitivo.

La hora del garbanzo clásico y simbólico de nuestros esforzados estómagos españoles también podría dar ocasión á que los cronistas socialistas hicieran una fecunda labor literaria. Es la hora más democrática y simpática de la taberna, cuando el obrero que no tiene la suerte de ser albañil y tener una mujer que le friegue la vajilla, para que luego el Sr. López Silva componga sus casticísimos versos, tiene que recurrir al velador y la banqueta de una tienda de vinos y comidas. El medio chico á discreción pudiéramos decir que no tiene hora determinada. La legión de los insaciables es enorme. En cuanto al público de las tabernas, puede clasificarse en dos grupos: el permanente y el transeunte. Desde luego, hemos convenido en que la taberna es un establecimiento absolutamente nivelador, donde tiene el señorito tabernario que alternar con el cochero y el mozo de cuerda. Entre los parroquianos permanentes hay los jugadores y los conversadores. Entre los juegos el predilecto es el popular mus, y entre las conversaciones la más animada suele ser la de toros. Los parroquianos transeuntes son los que entran, liban, pagan y salen. Estos últimos son los más convenientes para una taberna, porque dan menos ruido, menos molestias y dejan más rendimiento. Hubo un tabernero poeta que escribió:

«Vayan entrando,
vayan bebiendo,
vayan pagando
y vayan saliendo.»

Los establecimientos varían de importancia. Hay la flamante taberna-restaurant y la simplemente tasca.

Y, por último, hay una hora misteriosa: la hora de beber los enterados donde se encuentran los establecimientos que, contraviniendo las ordenanzas, expenden á las altas horas nocturnas. Los iniciados suelen ser los serenos,

Y con esto ponemos fin á estas líneas tan embriagadoras.

Antonio Roldán.

EN LA CARRERA



—¿Has visto, Restituto, qué provocativas? A mí me parece que no deben ser mujeres buenas.

—Pues yo opino todo lo contrario; que son muy buenas mujeres.

ABIERTA TODA LA NOCHE

Zarzuela estrenada en el Teatro del Duque, de Sevilla, de los Sres. Jover y Arroyo,
música de Quisiant y Badía.

Canto *Tranquilo* (A través de los cristales del escaparate se ven los ciegos que figuran) *Tranqui*

Piano *p* *dimi^{do}*

mas animado *Luciano y Botino (cielos)*

Anda ya... marca la... anda ya

En la y Chelito (con la acción)

marca la anda ya marca la que toma la ca de ray ven


dimi^{do} y rall^{to}

recogen para bailar (Bailando)

no hay compas como el de mañana para de- cirse al c- i- do al bai- lar - e- sas

cosas sabrosas y andas q. se hacen a una perder el compas - tanto da que una quiera o no

quiera al cambiar palabritas de mel. estre. chades a si los dos cuerpos veras q'el de.



(Cesando bailar) (Invitando a ellos al baile)

se o se siente encender - Andaya marca la



andaya marca la andaya marca.

Bailan Chelito con Sextimo y Gula con Luciano



Sextimo

Oh! Oh! Porque faciles son estas habaneras de di mato Gusto Andaya! andaya



Sextimo Chelito Sextimo

no me siente los pies! Come que los pones sobre los mios! Recoles!



Simares

¡LAS COSAS...!



- ¿Conque ya no estás en el manicomio?
—No, chico. Ahora estoy de mozo de cuerda. ¡Las vueltas que da uno!
—Ya, ya. Antes siempre con *locas*. Ahora siempre con *cuerdas*.

PARA UNO

QUE SE FIRMA «PARADOX»

Hace unos días, no sé cuántos, con regocijo singular, en el diario *La Tribuna* vi cierta crónica mordaz de «Paradox», á quien envió mi enhorabuena más cordial por el acierto extraordinario que en ella tuvo al comentar la decadencia lastimosa que reina en nuestro teatro actual, mientras el triunfo del «couplet» se hace preciso proclamar.

Cierto, muy cierto, que hoy el público no va á ninguna *catedral*, porque no puede divertirse con las obritas que le dan, no obstante ser éstas de gente que goza fama de genial y el beneficio siempre impone cuando una obra va á estrenar; ya ni en el verso, ni en zarzuela, nada se ve que valga un real.

Si hay algún triunfo (es cosa triste, pero se debe hacer constar), lo obtiene siempre la opereta de un autor chino ó alemán, en la que el músico de casa no tiene más que instrumentar para que luego á lo que cobra la prensa dé publicidad.

De que los *cines* ahora triunfen esta es la causa principal, (aparte de otros beneficios que encuéntrase en la obscuridad).

Por eso hoy día los teatros se tienen todos que agarrar á las *estrellas*, lo que juzgo que es un recurso natural, puesto que el cielo con las manos se hallan á punto de tocar, y aunque la gente las estrellas con tal motivo viendo está, aún estas jóvenes que quieren á todo trance fulgurar, no han tropezado con un crítico ni con un público capaz de hacer con ellas igual que hace con cualquier obra teatral que no le gusta: *menearla*, que es el sinónimo vulgar de la protesta en el lenguaje de la farándula actual.

A esto atrevióse «Paradox» con verdadera heroicidad, al poner peros á unas cuantas de las que hoy logran figurar, por su hermosura esplendorosa y por su gran fastuosidad.

Esta conducta deberían los periodistas imitar, y en los «debuts» de ese espectáculo hacer la crítica imparcial, lo mismo que hacen con los otros, «pegando» mucho y sin piedad.

Así, bastantes señoritas que se debieran dedicar á las labores de su sexo, se cuidarían algo más de no salir al escenario, como ahora salen, á graznar eso que llaman tonadillas y no se sabe qué será.

Lo que no valga, en todas partes se debe siempre rechazar por los periódicos y el público,

aunque ello sea «una beldad» de esas del sexo femenino que competencia haciendo están á los señores de la trenza por lo que llegan á cobrar.

Si una comedia ó un sainete cuando es endeble al foso va y se *menea* por el público, y á los actores pasa igual, pues si uno es malo ó se equivoca se le *menea* mucho más, las coupletistas, siendo malas, también se deben *menear*.

Adolfo Sánchez Carrère.

Las distracciones de Don Nemesio.

El señor cura de Aldeasola era el hombre de mejor corazón y de más variadas aptitudes que he conocido en mi ya larga vida de religioso. D. Nemesio, que así se llamaba, no sólo era un inmejorable pastor espiritual para sus feligreses, sino además su médico, su boticario, su comadrona, su memoria-lista... todo.

¿Había algún enfermo en la parroquia? Pues ya se sabía que D. Nemesio estaba día y noche dispuesto á acudir al primer aviso, á la cabecera del que le llamaba, bien con los santos óleos, bien con el forceps, bien con el cascanueces por si había que reventarle algún grano.

Os parecerá extraordinario que los vecinos de Aldeasola no enviarán á buscar al médico para que les curara sus enfermedades, pero es porque no sabéis que el matasanos menos distante era el de Pueblelejo, á tres leguas y media del distrito parroquial de don Nemesio, y que además cobraba las visitas. Esto dicho, creo innecesario añadir que el tal galeno no había sido llamado á Aldeasola más que una sola vez; la primera.

Así que el bueno de D. Nemesio era, no solamente el médico del espíritu, sino también el de la materia y cumplía escrupulosamente su doble misión, á la que unía el oficio de boticario, por no haber nadie en Aldeasola que supiera preparar una cataplasma ó hacer medio litro de limonada purgante. Esta diversidad de ocupaciones hacía que fuera el cura uno de los hombres más atareados en la tierra; y que tan pronto estuviera á la cabecera de un moribundo expidiéndole una entrada de localidad para el Paraíso, como asistiendo al parto de una feligresa ó fabricando cápsulas de aceite de ricino ó parches para curar los callos.

Pero esta perla de los hombres caritativos tenía una pequeña falta, y era que padecía distracciones cada diez minutos. Así le ocurría con frecuencia recetar unos sellos de bismuto en penitencia de ligerezas amatorias, y administrar tres avemarías y una salve á los que padecían otras ligerezas no tan bien olientes.

Un día llegó á Aldeasola el obispo de la diócesis; por una gran casualidad encontró en su casa á D. Nemesio, que, confundido por el honor que se le hacía, revolvió todo el pueblo á fin de

procurar á su ilustrísima las comodidades posibles.

El obispo quedó tan encantado de la limpieza y buena disposición de la iglesia, que, para premiar al excelente párroco, quiso celebrar una misa mayor seguida de comunión y bendición papal.

Acudió á la misa el pueblo entero. D. Nemesio no cabía en sí de gozo ante aquella manifestación religiosa de sus feligreses. Ayudó la misa del obispo en calidad de acólito, y cuando llegó la hora de la comunión se hizo cargo de la bandeja y de la palmatoria.

Pero quiso la fatalidad que un mozo, al que el párroco curaba de frecuentes desórdenes gástricos, se acercara á la sagrada mesa, y que cuando sacaba una vara de lengua para que el obispo depositara en ella la forma consagrada, el pobre D. Nemesio, olvidándose del lugar en que se encontraba, le dijera:

—Oye, muchacho; tienes la lengua sucia, es necesario que vengas mañana para que te purgue.

El obispo miró severamente á D. Nemesio y pocos días después le quitó la parroquia. Ahora el pobre hombre anda gestionando que lo envíen á un pueblo donde haya médico y boticario, para evitar posibles equivocaciones.

El reverendo Bonifacio.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. P.—(Ceuta)—Conque en Ceuta, ¿eh? Por muchos años.

C. R.—(Valladolid)—Nos enjareta usted un cantar, dedicado á su novia, y dice:

«Tu hamor me ha sorvido el sexo y nada que sea bueno discurro, cuando estoi ha la bera tulla me pongo chiquiya echo hun vurro.»

Lo creo. Y me inspira una lástima muy grande la pobre novia. Indudablemente se debe usted pasar la vida á su *bera*. Salta á la vista.

H. I. (Manila.)—Yo creí que al irse usted tan lejos me vería libre de sus *tabarras*... literarias (es un decir). Pero ¡ay! ¡Cuán desdichado soy! Veo que aunque usted se vaya á allí me joroba luego á mí.

Rubén.—(Barcelona.)—Con música del «Ven y ven», que es lo que priva ahora:

Rubén, Rubén, Rubén,
Rubén tú no eres Darío,
Rubén tú estás amargando
mi vida

con eso que has *escribio*.

C. J.—(Toledo.)—Ignoro si será usted de los de hueso dulce; pero leyendo su composición dan ganas de ir á esa y romperle un hueso.

T. B. O.—(Coruña.)—No sé por qué se me ha metido en la cabeza que tras esas iniciales se oculta un besugo. ¡T. B. O!

P. D.—(Alicante.)—Después de leer el principio de su carta, ¿para qué continuar? Comienza así: «Un serbidor arremitió...»

Yo, si fuera su tío, le soltaría un par de coces.

INFORMACIÓN TEATRAL



Sr. Director de MADRID COMICO: Muy señor mío y de toda mi consideración: Como mi compañero de chismorre teatral no ha tenido á bien avistarse conmigo (¡valiente punto!...) para comentar el «diluvio» de novedades que nos han presentado por esos teatros de Dios y de sus empresarios correspondientes, un servidor de usted se toma la libertad, por sí solo, de transmitirle mis impresiones teatrales de cuantas cosas he visto, y que son las siguientes:

En el aristocrático coliseo de la Princesa, en la función á beneficio de la incomparable actriz señora Guerrero, se estrenó un drama en tres actos de los hermanos Quintero, titulado *Malvaloca*, que satisfizo á la distinguida concurrencia que llenaba el teatro. A mí la citada producción de los ilustres saineiros, si le he de decir la verdad, me pareció en algunos momentos un poquitín cursi, y si el éxito no fué todo lo lisonjero que era de esperar, se me antoja suponer que haya sido debido al consecuente y homogéneo trabajo de los expresados dramaturgos en la actual temporada.

Han estrenado tres obras, y en las tres se desarrolla la acción en Andalucía. ¿No le parece á usted que «siempre perdices cansan»?...

Respecto á la interpretación que obtuvo *Malvaloca*, le diré que puede conceptuarse de magistral; la beneficiada, su cariñoso marido, Conchita Ruiz, la Cancio, la Salvador, Thuillier, Díaz, Carisi y Mesejo bordaron sus respectivos papeles. La señora Guerrero recibió innumerables presentes de exquisito gusto y muy valiosos. El público la aclamó con entusiasmo en diferentes ocasiones; á todos nos produjo excelente impresión su meritisima labor.

—En Lara he tenido el placer de ver el nuevo sainete *Las primeras rosas*, de los Sres. López Silva y Pellicer, los cuales—por si no teníamos bastante con los Quintero—han escrito una obra de ambiente andaluz (¡siguen las perdices!...), que, sin ser una maravilla, entretiene tres cuartos de hora y proporciona al auditorio un buen rato. Los artistas que toman parte en el sainete cumplen como buenos, sobresaliendo la cada día *más fea* señorita Pardo, señoras Alba y Moneró, y los Sres. Palanca y Manrique.

—En el teatro Cervantes también se ha estrenado un juguete cómico, y ¡cómo no!, andaluz todo él... (le digo á usted, amigo Tolosa, que son muchas perdices...)

Titúlanlo sus autores, los Sres. Muñoz Seca y Pérez Fernández, *Coba fina*, y sin que yo pretenda darle á usted coba, le confesaré ingenuamente que el

talljuguete gustó muchísimo, participando yo también de la impresión del público. *Coba fina*, además de tener la gracia por arrobos, es una producción muy estimable; el diálogo, siempre vivo é ingenioso, salpicado de chistes de buena ley, acredita el buen gusto literario de los Sres. Muñoz Seca y Fernández.

La señora Toscano y el Sr. Simó-Raso se mostraron deliciosos; dijeron muy bien una preciosa escena, que parece estar escrita para este simpático matrimonio de notables comediantes.

En el sainete *Zaragatas* hizo una creación de su papel el Sr. Renovález.

—En el teatro de la Comedia ha debutado la compañía italiana que dirige la renombrada actriz Lyda Borelli. La noche del debut se puso en escena el drama de Ferrari *Cause ed effetti*, que maldito si interesó á nadie, pues, dicho sea en castellano, es más bien malo que bueno. La Borelli, muy inspirada; los demás, deficientes.

—El Sr. Madrazo se ha hecho aplaudir en el teatro Español con motivo del estreno de su nueva obra, un drama en un acto titulado *Pequeñeces*. El tema de la producción es atrevido, pero está admirablemente puesto en acción; el ilustre doctor escuchó muchos aplausos por su trabajo, digno de encomio, y la señorita Bremón y Ruiz Tatay, por la irreprochable interpretación que dieron á los personajes que representan.

—En Eslava, en donde parece ser que todo se viene torciendo, el arreglo de *El barbero de Sevilla*, hecho por López Marín y Foglietti, y que lo denominan *En Sevilla está el amor*—y la Giralda también, y otras muchas cosas más—no satisfizo ni á los morenos ni á los rubios la noche de su estreno. Por cierto que tengo entendido que, como Perrín y Palacios hicieron una obra, Arniches y García Alvarez han retirado á Lleó *El cuarteto de Pons*, después de anunciado su estreno. ¡Bien se debe estar portando con sus compañeros el maestro de la ciudad del Turial!... En el Gran Teatro inauguróse la temporada dispuesta por Sicilia y Melantuche. El público elogiaba las acertadas reformas que la empresa ha llevado á efecto en la sala, en el vestíbulo, en las localidades, en una palabra, en todo. Recibió á los artistas con calurosos aplausos, y ahora á esperar que nos den á conocer alguna obra nueva, á más de las introducidas en el local, y que si no me dejan por embustero, lo primero que se estrenará será la opereta de Frutos y Luna *Canción de primavera*, ya sancionada por varios públicos de provincias y admitida como buena.

—Fiacro Yráizoz, el fácil poeta, el au-

tor cien veces aplaudido, ha vuelto á saborear las delicias del triunfo con la zarzuela dramática *Al cantar de la jota*, estrenada en Novedades con éxito ruidoso y merecido. Fiacro, que conoce el teatro como pocos, ha escrito una obra interesante, que de seguro rocorrerá todos los teatros de España. Vives ha servido el libro como todo un señor maestro; la partitura es bonita, tiene números que no tardarán en hacerse populares. La Farinós, María González, la señora Senra y los Sres. Llorens, Romero y Puigrós, admirables.

—Mr. William Parish, siguiendo su tradicional costumbre, abrió las puertas de su teatro-circo el sábado de Gloria, presentando una compañía muy completa, que seguramente ha de llamar la atención.

Entre los artistas que más se distinguieron, merece citarse los nombres de Jok-Helsey, que nos da á conocer su perro Dick, que es una maravilla. Dicho animalito sabe leer, multiplicar, dibujar caricaturas, y es de suponer que, dadas sus habilidades, el Sr. Jok le habrá enseñado á no morder... Lionel es un individuo austriaco que ¡librenos Dios de una caricia suya! Demuestra en sus trabajos tener una fuerza colosal. Rita Carilly, que dicen que es condesa (yo no he visto el título), monta á caballo como la mejor amazona; y la «troupe» Vienilles ejecutan trabajos asombrosos. La temporada ha empezado bien, y de seguir así, es de suponer que concluirá lo mismo.

—No quiero terminar la presente carta crónica sin dedicar unas líneas cariñosas á la hermosa y encantadora Pastora Imperio, cuya presentación en el teatro Romea produjo un entusiasmo loco en el publiquito que acudió á admirar á la desafortunada mujer que, por circunstancias de la vida, se ve obligada á emprender nuevamente la carrera de cupletista. La Imperio cantó «como los propios ángeles» sentidas canciones, no «soltó ningún gallo». La concurrencia la aplaudió con frenesí; ella, bastante impresionada, saludaba sonriente á todos los espectadores; sin embargo, en sus ojos resplandecían unos densos lagrimones, que confirmaban el verdadero sentir de la copla:

Tengo yo una pena, pena...

.....

En resumen, que Pastora, según dijo un hombre serio, como artista vale mucho; como mujer, un Imperio...

De usted siempre, Sr. Tolosa, afectísimo s. s. q. b. s. m.,

Collrón.

A. E. G. Thomson Houston Ibérica S. A.

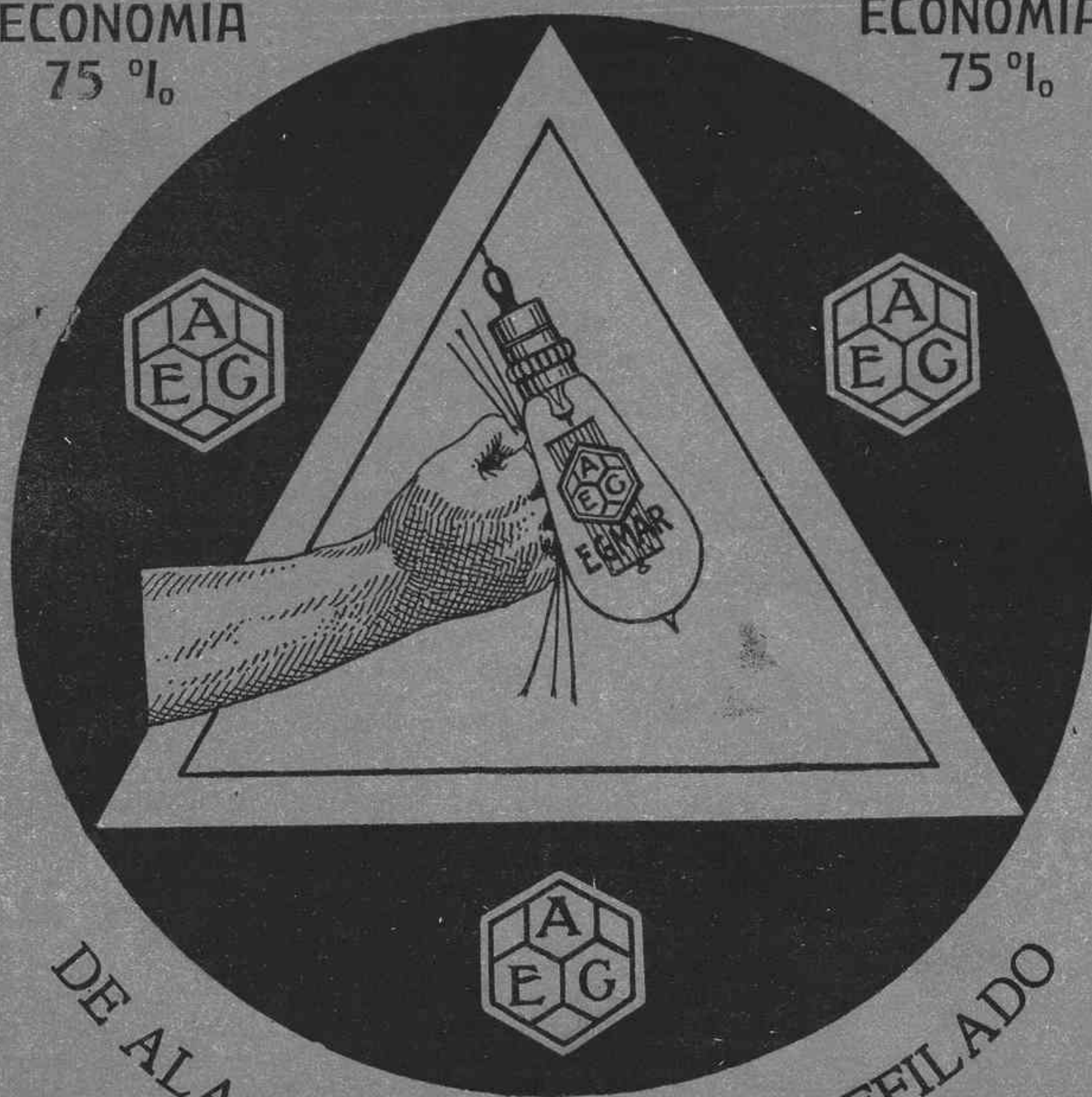
MADRID-BARCELONA-BILBAO-GIJON
SEVILLA-VALENCIA-ZARAGOZA-LISBOA-OPORTO

Talleres en Madrid

NUEVA LAMPARA EGMAR

ECONOMIA
75 %

ECONOMIA
75 %



DE ALAMBRE DE METAL TREFILADO

UNICA IRROMPIBLE